

VENECIA

DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL
JOSE MONLEON

"LA MOSTRA" CUMPLE TREINTA AÑOS

HACE treinta años, la Mostra de Venecia proclamó que el cine no debe conformarse con ser el objeto de un negocio. Era útil y conveniente que esto se dijese por entonces. Pero el cine no debe tampoco conformarse con ser el entretenimiento de una pequeña minoría. Luis Delluc escribió: «Los maestros del cine son los que hablan a todo el mundo. Yo creo que es conveniente repetir esto ahora.» Esto lo ha repetido René Clair, autor de la nota, en el libro de la XXIII Mostra Internacional, celebrada treinta años después de aquel 6 de agosto en el que «El Dr. Jekyll y Mr. Hyde», de la Paramount, abrió la vida cinematográfica del Lido.

Desde entonces acá, salvando los años de la guerra, la Mostra ha ido ganando prestigio sin dar un paso atrás. Amparado por la calidad del moderno cine del país, alimentado por la rivalidad franco-italiana, abierto, serio y hospitalario, el Festival de Venecia, anclado en la más hermosa ciudad de Europa, ha llegado, con todos los honores, a su treinta aniversario.

SIGUE

Sue Lyon, intérprete de «Lolita», la película de Stanley Kubrick, adaptación de la conocida novela de Nabokov cruza uno de los canales de Venecia.

VENECIA



Primera jornada de la Mostra. Acaba de llegar Gina Lollobrigida. Los fotógrafos recogieron su imagen cuando tenía al fondo el incomparable Palacio de San Marcos



Un taxi para dos nombres clave de la Mostra veneciana de este año: Anna Magnani y Pier Paolo Pasolini, la estrella y el director unidos por «Mammà Roma».



Más figuras del festival. Marisa Salinas —la sacrificada de «Boccaccio 70»— y su hermana Vittoria. En último término, la fachada posterior del Excelsior.

COMO diría un personaje del célebre melodrama de Jean Cocteau, Venecia es una ciudad «increíble». En sí misma y como cobijo de la Mostra. Un Festival que, a fin de cuentas, no hace más que sumarse a esa fabulosa «apoteosis» veneciana que, en el espacio de un mes, llena la vida del turista, segundo a segundo.

Por eso, yo prefiero empezar hablando de cosas más generales que el análisis de las películas. Sobre todo, porque creo que para un español resulta mucho más apasionante la vitalidad italiana, su clima de libertad, la insólita inteligencia de gente de la derecha y el humor también insólito de gente de la izquierda, la gracia incomparable con que ponen en pie sus cosas, antes que el valor más o menos dudoso de muchas de las películas presentadas en las diversas secciones de la Mostra. Además, Venecia, por el Festival y por Venecia, reúne a mucha gente interesante, de muy diversos países e ideologías. De muy diversas circunstancias. Desde la anglosajona o alemana que, siguiendo las huellas de la Hepburn de aquellas «Locuras de verano» de Lean, ha ido a Venecia buscando un Rossano Brazzi con el que vivir una aventura otoñal, hasta el jovencito envarado que, apenas llegar, echa por tierra su gesto y se disfraza de italiano ruti-

lante, en impresionante derrumbe de sus inhibiciones habituales.

Podría decirse que esto es andarse por las ramas. Que en definitiva la Mostra es un Festival de Cine. Y que el «enviado especial» está obligado a pasarse los días entre las salas de proyección y los spaghetti de urgencia. Yo no estoy de acuerdo con esto. Cuando, por ejemplo, uno compara la crítica llena de atención, desfavorable pero aguda, que hace Lanocita a la película soviética en el conservador «Il Corriere de la Sera», con casi todas las publicadas en España, nos damos cuenta de que en Italia tenemos muchísimo que aprender además de ver las películas.

Además, la Mostra tiene, entre otros muchos encantos, el de no sujetar a nadie. La película de concurso puede verse en cuatro lugares. A las once de la mañana, la pasan para los críticos. Se les da así unas horas de ventaja sobre el resto del público, a fin de que puedan informar con tiempo. Luego, por la noche, la película puede verse en otros tres lugares. En la pequeña sala Volpi, para los que tienen miedo al fresco y al smoking. En la Arena, un espléndido cine al aire libre, donde no suele verse a un solo espectador con chaqueta. Y, claro, en el Palacio de la Mostra, con asistencia de «estrellas», de fotógrafos y de los veteranos de la «belle epo-

que» de los Festivales. Aquella época en la que se chismorreaba de lo lindo y lo que importaba era hablar de las fans, de los trajes de las actrices y de los pequeños escándalos...

Venecia, a fuerza de veteranía y por propia evolución de los Festivales, ha sepultado definitivamente esta dimensión. Ni el cine quiere grandes divas, ni, por tanto, las buscan los Festivales. A Mónica Viti, a Antonioni, a la Karina, a Anne Girardot, a Salvatori, se les ve por uno y otro lado sin que nadie se lance a pedir autógrafos. Un gesto así daría hoy allí cierto rubor. Sólo la Gina Lollobrigida, en la noche inaugural del Festival, jugó un poco a la «gran diva». Subió las escaleras como Paulina Bonaparte y sonrió más para los lectores de las revistas que para el público, no muy numeroso ni impulsivo, que se alineaba detrás de la barandilla que «protege» la fachada del Palacio de la Mostra. También Anna Magnani estuvo al margen de esa línea de estupenda indiferencia con que conviven en Venecia unos y otros. Anna Magnani, al fin de cuentas, es para muchos la actriz número uno del cine italiano...

Yo no sé si será por esto por lo que en Venecia no se «veían» grandes estrellas. Allí es-

SIGUE EN LA PAG. 52



“SMOG”

DE FRANCO ROSSI

Presenta el choque de un europeo (culto, italiano, abogado) con la vida norteamericana. Más que contrastar dos concepciones de la vida, Rossi aspira a analizar las contradicciones del hombre de hoy. Las influencias estilísticas están claras: de un lado, Antonioni, de quien se toma la profundización psicológica, el pesimismo, una inquietud teñida de metafísica. Del otro, Visconti —con el que ha trabajado Rossi como ayudante— a quien debe la película su propósito de crítica social. Pese al indudable nivel de «Smog», la verdad es que la obra resulta fallida: la doble vía antonioni-viscontiana no alcanza a unirse y a impregnar profundamente el film. El Festival empezaba en un discreto tono menor...



“LIUDI I ZVERI”

DE SERGEI GERASIMOV

Dura tres horas y cuarto. Es un film macizo, preciso, estructurado al modo de una novela realista tradicional. Su criticismo apunta a dos vertientes: presentar la vaciedad del mundo capitalista y, también, los males de la burguesía nacida de la revolución rusa. En el primer aspecto, el film de Gerasimov es penosamente tópico. Occidente es algo más —y algo menos también— que las calles prostibularias de Hamburgo y las millonarias americanas, «devoradoras de hombres». En el otro orden, «Liudi i zveri» (Hombres y bestias) es una película de interés. No hay duda que la hora del Este apunta al arrinconamiento del pionero, del doctrinarismo profesional.



“VIVRE SA VIE”

DE JEAN LUC GODARD

Un film ideal para la polémica. A mí no me gustó «Une femme est une femme», pero sí «A bout de souffle». Creo que Godard se repone del último tropiezo, al menos en tres cuartas partes de la película. El tema: la prostitución. Mostrar, siguiendo una idea de Montaigne, cómo puede llegarse al «oficio» sin participar en él. Lo mejor de «Vivre sa vie», el fabuloso talento para seleccionar lo fotografiable, para «mirar». Lo peor, el ramalazo literario de los tres últimos capítulos —el film se divide en 11 capítulos— donde Godard, con ingenua sinceridad, opina sobre la vida, el amor, la verdad... a través de Allan Poe, rebelándose contra el tradicional racionalismo de la cultura francesa. Perdida la armonía entre la lucidez y la ironía, el film se nos queda en una pirveta demasiado infantil...



"HOMENAJE A LA HORA DE LA SIESTA"

DE LEOPOLDO TORRE NILSSON

Cuatro misioneros protestantes desaparecen en la selva, supuestamente quemados por los salvajes. Se organiza en la misión una gran manifestación religiosa, de la que han de ser eje las viudas de los héroes. Pero la vuelta del guía pone en peligro la leyenda del martirio. Sólo uno realmente fue un mártir. Los otros tres, no. Para las viudas la declaración de este guía se convierte en algo esencial. Una de ellas —Alida Valli— le mata cuando descubre que, a pesar de haberse abandonado a él la declaración no será favorable a su marido... Un periodista descubre la verdad, pero, finalmente, la ceremonia de glorificación de los cuatro misioneros se celebra. Buena dirección de Nilsson, guión fallido por sus extralimitaciones, por sus retorcimientos de frases y situaciones.



"LOLITA"

DE STANLEY KUBRICK

Una decepción. Rotunda. Y esto que los quince primeros minutos del film eran buenos y la fórmula americana estaba ganando la batalla al intelectualizado cine europeo. Pero... Cuando Kubrick abandona el triángulo inicial —Humbert (James Mason) casado con la madre de Lolita (Shelley Winters) y turbadoramente enamorado de su hijastra (Sue Lyon)— para seguir la anecdótica peripecia entre el maduro y la nimphette, el film se derrumba y aburre. No falta alguna secuencia excelente, pero la película ha perdido su tensión, la coexistencia de sentimientos contradictorios... para ser sólo la historia entre un otoño de buen ver y una señorita nada perversa. ¿Hubo cortes de censura? «Eróticamente» hablando, el film decepcionó a los cultivados espectadores que llenaron las salas.



"MAMMA ROMA"

DE PIER PAOLO PASOLINI

Sin duda, una excelente película. Cuando yo me vine, «Vivre sa vie» y «Mamma Roma» eran las dos únicas películas del Festival. Salvando, claro, las diferencias esenciales entre un cine del individuo, un cine de la aventura personal, y una película crítica, en la que se intenta plantear una relación de responsabilidad entre el ladronzuelo muerto en una cárcel y la sociedad italiana. A «Mamma Roma», para mi gusto, sólo le sobra un cierto exceso final. No había por qué «matar» al muchacho. Con esto, se da al espectador «destinatario» de la crítica una posibilidad de escape y al film, un tono demagógico que en nada le beneficia. «Mamma Roma» es una película bella, de diálogo romanesco que celebró el público, con una Anna Magnani excelente...

SIGUE

taban muchos directores importantes, mucha de la gente que realmente cuenta en el cine que hoy se hace. Pero el «monstruo sagrado» y su culto particular nada tenía que hacer en aquel bien y cómodo mundo del Lido, con la playa del Adriático siempre esperando y unos vaporetos que podían llevarnos a la exposición de la Bienal, a las horas musicales de la Fenice, a las callejuelas indescriptibles de Venecia o junto a los últimos cuadros de Bernard Buffet.

Y es el caso que en el Festival, a lo largo de la primera semana, se produjeron hasta tres «escándalos». Escándalos de orden artístico, muy en la línea del que armó «Boccaccio, 70» en el último Festival de Cannes.

El escándalo número uno lo provocó la ausencia de «Eva», de Losey. Prevista para la segunda jornada, la película de este interesante director —perseguido años atrás en los Estados Unidos por sus ideas avanzadas— constituía uno de los previsible «clous» de la Mostra. Pero «Eva» no estuvo en Venecia. En su lugar, y como programa de la Sesión Informativa, vimos «Un sabor a miel», la película de Richardson —dulce película: ¡Y pensar que la obra de Delaney aterró a un sector español cuando se representó en sesiones de cámara!— y un increíble film mejicano, «La bandida», donde se conjuga una cómica audacia pornográfica con los tópicos que puso en circulación el cine de Emilio Fernández. Las causas de la sustitución nunca estuvieron claras. Un crítico del comité seleccionador me dijo que la película era mala; pero, lo cierto es que Losey mandó un telegrama diciendo que le encantaría enviar la «Eva» que él montó y no la que, contra su voluntad, querían presentar los productores.

El escándalo número dos lo armó Jean Luc Godard. A su película «Vivre sa vie», un estudio de la prostitución, le suprimieron unos planos de desnudo. El director, en señal de protesta, abandonó Venecia horas antes de la proyección «solemne» de su film. Se disparó con furia contra Domenico Meccoli, el director de la Mostra, mientras otros aseguraban que se trataba de una decisión de los productores deseosos de ganarse unos mercados para los que los desnudos suprimidos habrían constituido un obstáculo decisivo.

El escándalo número tres no fue el de «Lolita», según estaba previsto. Lo armó Pasolini, con una excelente película, recibida con risas, aplausos y protestas. El «apóstol del fango», como le llamaban los ultras, presentó una película vigorosa, muy en la línea del neorrealismo y, al mismo tiempo, con esa carga intelectual y literaria que caracteriza a todo el cine italiano posterior a Visconti y Antonioni. A Pasolini le atacaron duramente en la conferencia de prensa. Y también a Bernardo Bertolucci, director de «La commare secca», un film que tenía a Pasolini como guionista. Con su aire patibulario, sus respuestas precisas, su cine inteligente, y su leyenda perversa, el director de «Mamma Roma» fue una de las «grandes figuras» de la primera semana. Con su película y la calidad presumible de «Cro-

naca familiare», de Zurlini, está más que asegurado un gran triunfo del cine italiano en un Festival de calidad mediocre.

En la Informativa poco había que ver. En vez de tanto film vulgar, sería mucho mejor reunir allí las películas fundamentales del último año. Por ejemplo, estuvo la interesante «Cleo de 5 a 7». ¿Por qué no «El ángel exterminador» de Buñuel o el último gran premio de Cannes? La retrospectiva va mejor. Allí acabo de ver viejos títulos del gran cine americano de los años 30. Grande, en algunos casos. En otros, increíblemente pueril. ¡Qué farragosamente prolijo y espectacular es «El desfile del amor»! Hay números que tienen todo el clima del Folies Bergere o de los cuadros caros de Celia Gámez...

He tomado el avión, cuando «Mamma Roma» acababa de levantar un Festival que había sufrido duros golpes. La ausencia de «Eva» y

el fracaso de «Lolita» habían sido los más espectaculares... Se temía que «El proceso» no estuviese tampoco a punto. Se decía que Welles andaba paseando por Roma, negándose a tener a punto el film, quizá porque también aquí —y éste es el signo y la crisis de los Festivales— mandaba el productor ante un hecho que se anuncia como competición artística...

Sobre una pared, muy cerca de la terminal de Alitalia, vi una lápida en la casa en que Riccardo Wagner dio «El último suspiro». Cerca, en dos carteles iguales, un comunista y un demócrata cristiano aseguraban que responderían públicamente a todas las preguntas de los asistentes. Venecia, a las seis de la mañana, estaba fabulosamente hermosa. Me acordé de dos españoles que habían pasado gran parte de la tarde anterior discutiendo sobre Ray y su «Rey de reyes»...

J. M.

CINE ESPAÑOL EN VENECIA



En la primera semana, una película española: «Cuando estalló la paz», de Julio Diamante. La pasaron como «Opera prima». Fue recibida con atención y la crítica la estimó como una «garbosa muestra del humor español». A solicitud de varios de los críticos, tuvo una segunda proyección. Desasistida —ni una foto en los stands, ni un apoyo publicitario—, la película de Diamante rompía el silencio iniciado con la exclusión de «Plácido», el film que quisieron ver en Venecia el pasado año. (En el fotograma, Laura Valenzuela.)